

cine

memorias del subdesarrollo

Por Marta Acevedo

Y no comparto la indignación de tantos escritores que se sienten traicionados por el torpe director de cine. No niego la traición: me complace. Si no hubiera traicionado mi libro no sería un creador.

—Edmundo Desnoes

A principios del año 1959 la Dirección de Cultura del Ejército Rebelde cubano encomienda a Tomás Gutiérrez Alea la realización de un documental: *Esta tierra nuestra*, protagonizado por una familia campesina. A fines del mismo año y fundado ya el Instituto Cubano del Arte e Industria Cinematográfica (ICAIC), filma el primer largometraje *Historias de la Revolución*, integrado por tres cuentos. En 61 realiza *Las doce sillas* basado en la novela de Ilf y Petrov y en 1968 comienza la filmación de *Memorias del subdesarrollo* que definitivamente representa un paso adelante en el cine cubano. Cine moderno que ha sido asimilado con vida propia y no mediante un zurcido de estilos y secuencias. Y claro, se pueden buscar antecedentes, influencias, pero el director ha sabido absorberlas y ha realizado una obra de creación auténtica.

Para la revista *Cine Cubano*, Edmundo Desnoes, autor de la novela sobre la que se basa el guión, entrega estas líneas: "Casi podría decir que Gutiérrez Alea ha comprendido mejor que yo el conflicto esencial de la novela: la lucha entre lo mejor del estilo de vida burgués y una revolución auténtica. El enfrentamiento entre la ironía del diletante y el compromiso vital de la revolución."

En efecto, Sergio, un rentista con aspiraciones de escritor, enjuicia y atestigua cierto estado de cosas en la Cuba de 1960 a 1962. Pero su ironía, su lucidez son un mecanismo de defensa que le impiden comprometerse con la realidad. Todo le llega muy tarde o antes de tiempo: el personaje no asume responsabilidad alguna cuando su país entra a la historia: rechaza el subdesarrollo y no encuentra los medios para superarlo. Lo asedia el pasado y en las nuevas estructuras no encuentra lugar: critica, recuerda, se asfixia.

La película, en constantes saltos y retrocesos, nos muestra el presente de Sergio y escenas que pertenecen a su pasado: la partida de los padres y esposa a Florida; su regreso a casa y el infructuoso tiempo frente a la máquina de escribir; sus fantasías sexuales y el *affaire* con una adolescente cubana que terminará en las cortes; su vida de intelectual en museos, librerías y conferencias. Y antes: el niño rico que juega en inmen-

tos jardines; el adolescente de los burdeles y bailes en sociedad; la relación amorosa con la muchacha alemana y su vida matrimonial con una burguesa que lo detesta.

Gutiérrez Alea hace cine la novela. Narra en imágenes estados de ánimo, rasgos de personalidad, crítica social. Así, los gestos y miradas en el aeropuerto; el regreso a casa y la nostalgia física por la esposa; los recuerdos de niñez y juventud; el establecer mediante una escena repetitiva el oficio de actriz, son escenas que se integran completamente al filme además de remitirnos a la época en que están sucediendo los hechos.

La novela, preocupada por las relaciones más o menos subjetivas del personaje con el nuevo estado de cosas, es trasladada por el director a un escenario vivo. Con la cámara, escondida, somos testigos de las calles de La Habana con sus transeúntes y aparadores vacíos, de la conferencia de intelectuales. ¿Puede haber algo más monótono que una mesa redonda filmada? Pero aquí no sólo se aprovecha la discusión de los participantes y el comentario final explosivo, sino que con la imagen logra darnos el disloque total de la argumentación. Se ha estado hablando del problema del subdesarrollo, del lenguaje y la comunicación, de las formas de imitación a la cultura sajona y todo esto finaliza cuando un norteamericano pregunta: *May I ask a question in English?*

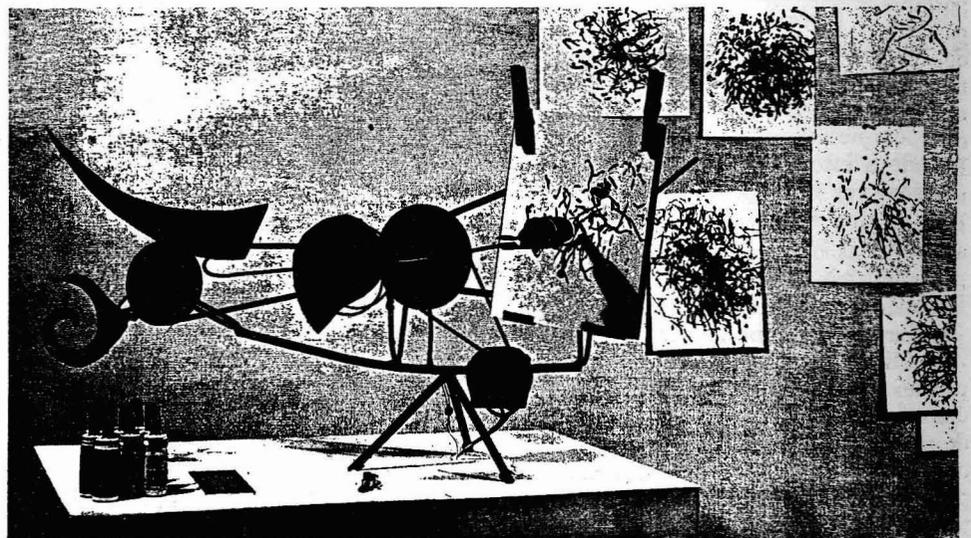
La eterna búsqueda de la identidad: yo que quiero comportarme como europeo, tu presencia me recuerda el subdesarrollo. El problema de Sergio se

agudiza más en una sociedad en la que hay que tomar posiciones y en donde para integrarse a la revolución se necesita reconocer la condición de subdesarrollo. Y no cabe duda que uno de los valores de la película reside en haber presentado la problemática de un individuo sin estas características y cuya capacidad para criticar y recordar es mayor que la de producir, crear o actuar.

Si Gutiérrez Alea ha guardado cierta distancia con el personaje a lo largo de la película, en las escenas de la casa de Hemingway sentimos que se acerca a él. Recurriendo otra vez a los flash-backs, nos enteramos de que el sirviente fiel que ahora oficia el rito en tono de declamación era un niño mulato que el escritor encontró en la calle. Y aquí protesta Sergio: para este tipo que escribía en inglés, cazaba en África, cuyos libros y muebles son norteamericanos, Cuba era un refugio tropical y nada más. ¿Por qué ese museo colonialista? ¿Otra contradicción del subdesarrollo?

El director presenta un punto bastante disintente que deja campo abierto al estudio: la inmadura relación sexual de la mujer cubana (crítica que se puede extender a la mujer latinoamericana). La inconsistencia general de su comportamiento erótico se ilustra en escenas como las de la invitación a comer o las del escarceo en el departamento, las cuales contrastan con la entrega serena, total, de la chica alemana.

La película posee muchas otras dimensiones. Podemos aprehender algunos puntos principales: los subterfugios de la discusión y las trampas del lenguaje, la toma de conciencia de los límites propios, los recuerdos como forma enajenante de ir viviendo o de consumirse aunque no se quiera. *Memorias del subdesarrollo* nos toca personalmente. Trata al espectador como individuo y en ese trato se parece a la novela moderna. ¿No es esa una de las características del nuevo cine? Filmes que manejan la ambigüedad de las motivaciones y la abandonan en el aire para que cada uno la resuelva.



—Jean Tinguely